

## Reseña

Daniel Q. Gillion. *The Loud Minority: Why Protests Matter in American Democracy*. Princeton: Princeton University Press, 2020. US\$29.95 (ISBN: 9780691181776), 224 pp.

### **Tomás Chuaqui**

**Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile**

Una de las virtudes de *The Loud Minority: Why Protests Matter in American Democracy* es su sentido de oportunidad. En estos tiempos, muchos nos hemos preguntado no solo por las causas de la oleada de protestas y manifestaciones que se han producido en Chile, Estados Unidos y muchos otros lugares del mundo, sino también por sus consecuencias. En particular, interesa saber si las protestas inciden significativamente sobre las políticas promovidas y adoptadas por los gobiernos y los agentes públicos. Es decir, ¿son eficaces las protestas para producir cambio? Usando evidencia relativa a la democracia estadounidense, la respuesta de Gillion es rotundamente afirmativa. A través de diversos mecanismos, las protestas afectan las decisiones de los agentes públicos, y también las preferencias e inclinaciones de la ciudadanía. Una de las preguntas que el estudio de Gillion deja abierta es qué tan bien ‘viaja’ su evidencia desde Estados Unidos hacia contextos sociopolíticos distintos, como el chileno, sugiriendo quizás una interesante avenida de investigación comparada.

El título del libro hace referencia, por cierto, a una famosa intervención del presidente Nixon en 1969, en la que cuestionaba la representatividad de las protestas en contra de la guerra en Vietnam. En un mensaje televisado, Nixon planteaba que la estridencia de las protestas no debía hacer olvidar que la vasta mayoría de las personas no participaba directamente de ellas. No es casual que Nixon haya puesto en circulación este lenguaje en una era en que la televisión se tornaba cada vez más impor-

tante en la diseminación de información, lo cual únicamente se acentúa en el contexto actual de las redes sociales, haciendo más y más visibles las manifestaciones políticas. Habría, según Nixon, una 'mayoría silenciosa' que no solo no se hace parte de las protestas, sino que, además, estaría en contra de ellas y sus demandas. De tal forma, Nixon aducía que su deber como presidente democráticamente electo era respetar la voluntad de esta presunta 'mayoría silenciosa' y no dejarse llevar por una 'minoría vocal' (3).

Daniel Gillion hace ver que esta lectura de la política contiene implícita una declaración de toma de partido: o usted está con 'nosotros' (la 'mayoría silenciosa') o está con 'ellos' (la 'minoría bulliciosa'). No es de sorprender, quizás, que en los últimos años este lenguaje divisivo haya resurgido en los discursos del expresidente Trump (6), ni que, por ejemplo, la opción 'Rechazo' al reciente plebiscito sobre el proceso constituyente en Chile, también haya postulado la existencia de una espectral 'mayoría silenciosa'. Quienes se oponen a movimientos vociferantes, en muchas ocasiones confían en que una 'mayoría silenciosa', invisible incluso para las encuestas, resiente la sobreexposición mediática de minorías estridentes y, por ende, como intentó hacer Nixon, pretenden justificar democráticamente el desatender las demandas de 'la calle'. Es más, también se invoca a esta presunta mayoría para que aparezca en escena, cual *deus ex machina*, en procesos electorales, y así corregir distorsiones de percepción causadas por los medios y las redes sobre el verdadero apoyo popular de las causas defendidas por los protestantes. Lo que muestra Gillion es que una mayoría silenciosa, definida en oposición a movimientos de protesta, sencillamente no existe en casi todos los contextos sociopolíticos estadounidenses (186).

Más bien lo que ocurre, según Gillion, es un proceso comunicativo entre la minoría bulliciosa y la mayoría silenciosa. Las protestas le dan 'saliencia' a ciertas temáticas, llamando la atención de las mayorías sobre ítemes que posiblemente no hayan estado especialmente presentes en la agenda de la clase política, ni tampoco en el debate público. Es evidente que las protestas suelen surgir justamente porque alguna minoría quiere hacer ver cuestiones que considera de gran importancia y que han sido, de acuerdo a su visión, injustamente ignoradas por la mayoría o por los políticos. En lugar de que la minoría bulliciosa vaya a contrape- lo de la mayoría silenciosa, tiende a ocurrir virtualmente lo contrario: la

minoría bulliciosa le comunica un problema a la mayoría silenciosa, que no necesariamente se unirá a la protesta misma, pero reaccionará en las urnas en la(s) siguiente(s) elección(es), por lo común votando por candidatos que propongan soluciones a las demandas surgidas en la protesta. Así, las protestas funcionan como “canarios en una mina de carbón” (7), alertando a la ciudadanía y a los políticos sobre temáticas relevantes en ciclos político-electorales.

Para arribar a sus conclusiones, Gillion utiliza un método de análisis empírico, cuantitativo y conceptualmente riguroso, demostrando que, en el contexto estadounidense, las protestas, sean de signo de izquierda o de derecha, impactan en forma multivariada en distintos ámbitos de la política, desde la selección y elección de candidatos(as) a cargos públicos, hasta la implementación de políticas públicas específicas, e inclusive en el financiamiento de campañas. El punto relativo al signo ideológico es relevante ya que, en la medida en que las protestas adquieran ciertas características, estas impactarán positivamente hacia el sector ideológicamente más identificable con la causa o conjunto de causas defendidas por los manifestantes.

Gillion, precisamente, intenta mostrar que la protesta es electoralmente (y políticamente) eficaz porque es traducible en términos ideológicos. Esto no quiere decir que las protestas necesariamente comiencen por una motivación ideológica de quienes participan de forma directa, sino que se tornan ideológicas cuando los partidos (exitosamente) se representan a sí mismos como más capaces que sus adversarios para responder a un reclamo o problema expresado en una manifestación. De tal forma, demócratas y republicanos compiten por apropiarse de los mensajes de la protesta. Por cierto, las protestas de signo ‘liberal’ son más comunes en el contexto estadounidense, pero tienen menor impacto en la votación demócrata que las protestas de signo ‘conservador’<sup>1</sup> sobre el voto republicano (179).

Gran parte de la interpretación de Gillion depende de lo que denomina “the ties that bind” o ‘los lazos que unen’ (32). Cuando se produce una serie de protestas y movimientos asociados a estas, Gillion sugiere que se deja entrever una corriente ideológica subyacente que reúne distintos eventos, aun cuando la causa defendida no sea exactamente la

---

<sup>1</sup> ‘Liberal’ y ‘conservador’ se utilizan aquí en su sentido anglosajón tradicional.

misma. Estas secuencias de protesta permiten discernir la 'temperatura' ideológica de la ciudadanía, empujando la política en una dirección u otra, sin requerir de una estructura organizacional reconocible.

Este argumento parece válido en el contexto en el que sea más claramente reconocible el signo ideológico de la protesta, y por lo tanto cuando sea más discernible qué partidos o grupos pueden más fácilmente apropiarse de la narrativa. En Estados Unidos, el sistema bipartidista pareciera hacer más clara esta división, siendo sectores demócratas (más o menos 'liberales') o republicanos (más o menos 'conservadores') los que típicamente logran adueñarse de las causas en cuestión. Más compleja parece la situación, no solo en sistemas multipartidistas, sino también en circunstancias en las cuales no es para nada claro que los protestantes tienen una preferencia por uno u otro de los sectores políticos. Esto no quiere decir necesariamente que sus causas no tengan un signo ideológico reconocible, sino más bien que el nivel de desencanto con los partidos y sus agentes es tal, que la protesta se orienta no tanto a que sus causas sean apropiadas, sino al reclamo dirigido a la clase política como tal, y a la expresión de malestar y descontento en un sentido amplio. Esto ocurre incluso cuando la protesta se aboca a temáticas bastante específicas. El vínculo de las protestas con partidos políticos específicos en Chile, por ejemplo, parece ser bastante tenue (Meléndez y Rovira 2019).

Aun así, la tesis de Gillion pareciera confirmarse, al menos en el caso chileno. Hasta hace relativamente poco tiempo, un proceso constituyente como el que se está viviendo en el país era impensado, y habría que ser muy ingenuo para no vincularlo al llamado 'estallido social'. El hecho de que el proceso constituyente del segundo gobierno de Bachelet haya pasado casi desapercibido para la ciudadanía, no hace más que reafirmar el punto de la importancia de la protesta. Asimismo, el rechazo abrumador a la Convención Mixta sugiere la desafección respecto de los partidos mencionada con anterioridad. En otro ámbito, el retiro del 10% de los fondos de las AFP nuevamente parece confirmar la tesis de Gillion: las paupérrimas pensiones que la mayoría de los jubilados reciben se transformó en uno de los estandartes de la protesta que ya se había iniciado con el ciclo de manifestaciones del movimiento NO+AFP. Pienso que el argumento podría extenderse a una serie de otros casos en que las protestas en Chile efectivamente han funcionado como 'canarios en la

mina de carbón, como por ejemplo el movimiento estudiantil (tanto de 'pingüinos' como de universitarios), o las manifestaciones feministas y de género.

También es de interés el potencial efecto de '*backlash*', o de reacción negativa que una protesta podría generar. Gillion muestra que una protesta de corte 'liberal' puede producir protestas 'reactivas' de corte 'conservador' como también algún incremento de apoyo financiero a causas y candidatos republicanos, pero en general el efecto es más favorable para quienes inician el ciclo de protestas (129). En relación a esto, sin embargo, llama la atención que Gillion no haga referencia al impacto que pudiera tener el uso de la violencia durante las protestas. Gillion solo considera la violencia en el contexto del efecto que tiene en incrementar la 'saliencia' de las causas, pero no analiza si provoca desafección o mayor apoyo dentro de la mayoría silenciosa. Este pareciera ser un tema de particular relevancia dado que en muchas ocasiones las protestas se tornan violentas, o al menos se las representa de manera violenta en los medios, ya sea como resultado de la acción de los manifestantes o como resultado de represión policial (o ambos). Wasow (2020) revisa el impacto de la percepción de violencia en votantes durante la era de los movimientos de derechos civiles (1960-1972) y llega a la conclusión de que el apoyo electoral a los partidarios de las movilizaciones aumenta en la medida en que se las percibe como pacíficas o como víctimas de violencia represiva. En cambio, el apoyo electoral desciende significativamente si los manifestantes son vistos como causantes de la violencia. En otras palabras, según Wasow, la protesta pacífica (o víctima de la represión) es políticamente más eficaz que aquella que es percibida como violenta. Esta es una variable que Gillion no estudia, y sería interesante revisar si la data de Wasow se confirma en el contexto de protestas más recientes.

El que Gillion no discuta sistemáticamente la cuestión de la violencia, ya sea por los(as) manifestantes o por la represión policial, tiende a facilitar la representación de la protesta como parte natural de la vida democrática como tal, es decir, como la expresión de "la voluntad del pueblo evolucionando", como "progreso democrático" (193). Ciertamente, las protestas no tienen ninguna conexión necesaria con la violencia, y además son parte constitutiva de la vida democrática: evidencian una sociedad civil activa y comprometida con los asuntos públicos, ya sea exigiendo la satisfacción de intereses particulares legítimos o reclamando

do justicia más ampliamente. Sin embargo, no puede negarse que gran parte de la discusión pública y política en torno a la protesta, tanto en EEUU como en Chile y muchos lugares del mundo, ha sido relativa a la violación de derechos humanos por parte de las policías, o a la comisión de delitos violentos por parte de manifestantes. Ojalá este tema se hubiese tratado en *The Loud Minority*.

No obstante, sin duda este libro es un aporte significativo a la literatura sobre protestas. Aun cuando en esta temática es difícil establecer vínculos de causalidad, Gillion logra producir un argumento persuasivo respecto de la incidencia de las protestas en la política democrática cotidiana. No deberíamos llegar tan lejos como para intentar normalizar la protesta en la política democrática: su propósito y potenciales beneficios dependen de su capacidad para remecer la conciencia de las mayorías y de los agentes públicos, y eso requiere un elemento de excepcionalidad. Pero Gillion nos provee un bienvenido recordatorio en cuanto a que la democracia no sería tal si fuera siempre calma. La minoría bulliciosa no necesariamente está en contra de la mayoría silenciosa, y a veces la segunda requiere de la primera para su propio beneficio.

## Bibliografía

- Meléndez, C. y Rovira Kaltwasser, C. 2019. Political Identities: The Missing Link in the Study of Populism. *Party Politics* 25(4), 520-533.
- Wasow, O. 2020. Agenda Seeding: How 1960's Black Protests Moved Elites, Public Opinion and Voting. *American Political Science Review* 114(3), 638-659. *EP*